

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Desmond Lee (ed.), *Wittgenstein's Lectures. Cambridge 1930-32*. Basil Blackwell, Oxford, 1980; xviii + 124 pp.

Este libro contiene las notas que el editor Desmond Lee y John King tomaron de las clases que Wittgenstein impartió en Cambridge en 1930-31 y en 1930-32, respectivamente. También contiene una miscelánea de discusiones con Wittgenstein.

Como se sabe, éste es el periodo del regreso de Wittgenstein a Cambridge, mismo que se documentó en las notas publicadas por Moore (*Mind*, 1954). Sería interesante comparar ambas versiones.

El marco de la discusión de Wittgenstein lo forma la filosofía del *Tractatus*. En las notas introduce la noción de verificación, repara en la noción de explicación del significado y llega a introducir la noción de una regla. Hay una fuerte distinción entre proposiciones e hipótesis. Pero, sobre todo, hay enunciados contundentes acerca de la filosofía.

En formas diferentes, siempre fascinantes, Wittgenstein enfatiza que la filosofía no es una actividad que llegue a descubrir verdades o novedades que puedan constituir una teoría alternativa. Su tarea es la de liberarnos de problemas y enredos que se generan por el uso del lenguaje. Para poder desenredar los nudos que forman los problemas, el filósofo recurre a la "gramática" de nuestro lenguaje y nos hace ver dónde hemos cometido la falta o las faltas. Esta gramática no es una estructura categorial y apodíctica; por el contrario, se trata de algo en cierto sentido arbitrario pero autónomo (*cfr.* p. 4). Sin embargo, esta gramática es la que nos dice lo que podemos decir y lo que no podemos decir.

Ciertamente, todo el texto suena a Wittgenstein. Paso a paso aparecen problemas y tesis; después de avanzar en una dirección la abandona y continúa en otra. Como en otros textos, Wittgenstein lleva conjuntamente discusiones de filosofía del lenguaje, filosofía de la mente y filosofía de las matemáticas.

Las notas del año académico 1931-32 incluyen una especie de diccionario de los conceptos fundamentales. En medio de ellos aparece una comedia crítica de D. C. Broad que sirve de pretexto para opinar acerca de los racionalistas, empiristas, Kant, etc. Es una lástima que Wittgenstein no se haya ocupado con más frecuencia de las obras y las tesis de otros filósofos, pues en las ocasiones en que lo hace su

pensamiento adquiere toda la pertinencia, relevancia, contundencia y brillo que en otras ocasiones no es fácil apreciar.

Todos los tópicos son importantes —el libro puede incorporarse con gran fecundidad en un seminario—, pero me referiré al tópico de la percepción tratando de reconstruir sucintamente la crítica que Wittgenstein le hace a ciertos planteamientos dentro del movimiento de los *sense-data*. Este tema es una novedad en Wittgenstein e indica cómo, en esta época, comenzó a acercarse cada vez más a los problemas de la filosofía de la mente y las personas.

Wittgenstein pensó que el error fundamental de ciertas teorías de la percepción consiste en pensar que los conceptos “dato sensible” y “objeto físico” están en el mismo plano o son similares, de tal suerte que el objeto físico es la causa del dato sensible. Esto, sin embargo, no puede ser así, pues en primer lugar la conexión entre objetos físicos y datos sensibles no es contingente; se trata de una relación que se da en el lenguaje como necesaria. Dice:

Si hubiera una relación de causalidad, podrían preguntar si alguien ha visto jamás que un objeto físico cause un dato sensible (p. 81).

Más adelante afirma:

Todas las proposiciones acerca de la causalidad se aprenden de los datos sensibles. Por lo tanto, ninguna proposición puede ser acerca de la causa de los datos sensibles. (*Ibid.*)

Wittgenstein piensa que los filósofos de la percepción que buscan ofrecer una teoría causal de los datos sensibles están profundamente equivocados porque la noción de dato sensible se introduce para cumplir un cierto papel y en esa misma medida ya no puede ser explicada causalmente, ni se la puede incluir en una teoría como las teorías causales de las ciencias. Así concluye:

Hablar acerca de la relación de objeto y dato sensible es un sinsentido. No son dos cosas separadas (p. 109).

Por lo tanto, la filosofía que acepta la relación entre objeto y dato sensible, luego busca definir el tipo de relación causal que existe entre ellos y, finalmente, pasa a elaborar una teoría o a decidir cuál de las teorías existentes es la correcta o verdadera, comete un triple error fundamental, mismo que queda al descubierto al examinar la gramática de “dato sensible” y de “objeto físico”.

Pero esta importante conclusión no debe considerarse como un

rechazo o refutación de toda teoría causal de la percepción, sino sólo de aquéllas que intentan explicar causalmente lo que no puede ser explicado así.

Pero entonces, ¿por qué es esto así, por qué surgió una teoría tan equivocada como ésa? Parte de la respuesta está en la naturaleza de la filosofía. En palabras de Wittgenstein, “la fascinación de la filosofía reside en lo paradójico y en el misterio”.

ENRIQUE VILLANUEVA

Roderick M. Chisholm, *Person and Object. A Metaphysical Study*. Illinois: Open Court, 1976; 230 pp.

Éste es, en verdad, un estudio de metafísica, dentro de la gran tradición de doctrinas extrañas defendidas con mesura a estas alturas del siglo. Chisholm nos habla de una variedad de temas importantes, a saber, el yo, la agencia, la identidad a través del tiempo, los estados de hechos, las partes temporales, el esencialismo mereológico, los objetos de la creencia y del conato, el conocimiento, la certeza y la creencia razonable.

Chisholm es un expositor claro, aunque no fácil, con un cierto prejuicio en favor de la lógica. Al comienzo del libro distingue ocho grupos de términos, que no define en esta obra, y que utiliza para sus definiciones. Entre ellos están: cosa, necesidad *de re*, estados de hechos, conato, lugares, etc. A cada paso analiza lo dicho en una definición y, al final del libro, recoge en un sumario todas las definiciones, mismas que suman cien. Todo esto habla en favor de la pulcritud del trabajo, pero no necesariamente de la claridad filosófica de la obra.

No me referiré a su teoría de la agencia y la defensa en términos de la ontología de estados de hechos, porque Alan Donagan ya lo hizo en un excelente trabajo publicado en el *Journal of Philosophy* (Nov. 1977). Me dedicaré a hurgar en su teoría del ego y en su teoría de la identidad a través del tiempo. Ambas son doctrinas extrañas y no puedo confiar en que he comprendido lo que Chisholm desea establecer. Veamos.

El concepto o noción de un *ego*, *yo* o *sí mismo* es uno de los más tortuosos en la discusión filosófica, y mientras para unos es un concepto claro e indisputable, para otros es el colmo de la confusión y la inutilidad. Chisholm cree que hay Yo(es) que son sustancias con una esencia individual y que cada quien tiene una aprehensión directa de su propio yo a través de esa esencia. Por lo tanto Hume, así como sus diversos seguidores —entre quienes debemos contar a Kant, Russell, Sartre y Carnap— se equivocaron rotundamente en este tema fundamental.